

A L.: G.: D.: G.: A.: D.: U.:

L.: I.: F.:

V.: M.: y QQ.: HH.: en vuestros Grados y Cualidades:

SOL STATUM

Cada uno de los seres humanos que alguna vez hemos vivido, por encima de todo lo que nos separa, y nuestra diversidad es vasta y profunda, tenemos en común unos lazos básicos que ya fueron nombrados por John Fitzgerald Kennedy: “Todos habitamos este planeta. Todos respiramos el mismo aire. Todos nos preocupamos por el futuro de nuestros hijos. Y todos somos mortales.”

Todos habitamos este planeta. Desde que nacemos hasta que morimos, convivimos con la Tierra y con sus ciclos, que llegan a ser tan nuestros como suyos: sus días y sus noches, desde antes de tener uso de razón; y a medida que nos vamos haciendo mayores, el paso de las estaciones. Cómo la vida, entre ella la vida vegetal, esa que produce el aire que respiramos todos (Todos respiramos el mismo aire), despierta, florece, fructifica, se agosta, se deshoja e hiberna una vez tras otra, en un esquema que se remonta a mucho antes de que ninguno de nosotros se irguiera y caminara sobre este mundo.

La ciega selección natural tuvo como consecuencia un animal con un cerebro que busca de forma casi patológica patrones de relación entre causa y efecto. Esta adaptación a las presiones del entorno no ha sido siempre positiva, y ahí están las fobias, las supersticiones, las paranoias y los fundamentalismos para atestiguarlo. No obstante, nos ha convertido en lo que somos, gracias al arte, la música, el humor, la religión, el lenguaje, el comercio y la ciencia.

Patrones: repetición, contraste, ritmo.

Una de las primeras relaciones fue la de los cielos con la Tierra. El cielo, tan lejano, nos habla de la Tierra que pisamos con más fuerza que ningún accidente geográfico de ésta. El Septentrión, el Mediodía, el Occidente y el Oriente: los absolutos de la Tierra vienen desde el cielo.

Ver cómo el Sol en su recorrido por el cielo saliendo siempre desde el Este hacia el Oeste. Ver cómo cada nictémero sube más alto o más bajo. Ver cómo cada día demora más o menos tiempo en el cielo diurno. Ver cómo avanza en el orto o el ocaso hacia el Norte o hacia el Sur, hasta detenerse para iniciar el camino de vuelta. Ver cómo el Sol

por unos días se detiene, el Sol permanece quieto, el Sol se queda, el Sol está. Sol Statum.

A medida que el Sol se desliza hacia el Sur, y la carrera del día es más corta y más inclinada, el frío se extiende, las noches se alargan, muchas plantas se deshojan, los animales se guarecen; sabemos, porque lo hemos visto siempre, y nuestros mayores antes que nosotros, que en algún momento el Sol se detendrá, no nos dejará para siempre en una noche sin fin, y pasados unos días, invicto un año más, volverá a subir con una promesa de hierba fresca y aire fragante.

A pesar de ello, predecir nunca es percibir. Prever nunca es saber. Estimar nunca es comprobar. Cada año que hemos pasado, hemos podido ver cómo el Sol renace, y confiamos en verlo un año más, pero es una alegría cuando lo hace. Y los seres humanos, en especial en los lugares y tiempos en que su supervivencia tras el invierno no está asegurada, en sus tradiciones más queridas, en todos los lugares del mundo, han celebrado este acontecimiento: Lenaia, Saturnalia, Sol Invictus, Hannukah, Navidad, Festival Dong Zhi...

Cada año celebramos lo que somos y de dónde venimos. También celebramos lo que sabemos y lo que llegaremos a ser el año que viene por estas fechas, cuando se vuelva a cerrar otro ciclo, cuando vuelva a completarse el patrón nuevamente.

Tras muchos siglos de buscar, elegir y desechar patrones, ya sabemos con bastante exactitud que el eje de giro de la Tierra está inclinado respecto al plano de nuestra órbita alrededor del Sol, y la incidencia de sus rayos sobre la superficie de nuestro mundo varía según el punto en que se encuentre el planeta en dicha órbita.

Así es arriba como es abajo. Así como la Tierra se refleja en el cielo, el Sol y la Tierra se reflejan en el Cosmos.

“Somos polvo de estrellas”, decía Carl Sagan.

La belleza de la Ciencia reside en la poesía de las leyes naturales, en el orden de los patrones que surgen del caos de la ignorancia del mundo que nos rodea y en el que vivimos. Y cuando Sagan empleaba esta frase, no era solamente palabras que sonaban bien juntas, sino que tenían un sentido más literal y profundo.

Los átomos que forman nuestros cuerpos y que constituyen todo lo que nos rodea proceden del interior de grandes estrellas que convirtieron el hidrógeno en elementos más pesados: carbono, nitrógeno, oxígeno; que al final de su vida estallaron y esparcieron toda esta sustancia, enriqueciendo la composición de las nuevas estrellas y permitiendo la existencia de planetas a su alrededor.

Dice el astrónomo Neil deGrasse Tyson: “Miramos al Universo, y vemos que somos parte de él, estamos en él, pero quizás más importante que ambos hechos, el Universo está en nosotros. Cuando pienso en ello, miro al cielo... Mucha gente se siente pequeña porque el Universo es más grande, pero yo me siento grande, porque mis átomos vinieron de esas estrellas. Esto es lo que realmente quieres en la vida, sentirte conectado, sentirte relevante. Sentir que participas de lo que pasa alrededor. Y eso es justo lo que haces, solo por estar vivo.”

Todos somos mortales...

Richard Dawkins reflexiona sobre nuestra medianoche personal, sobre nuestro solsticio de invierno íntimo cuando pide que en su funeral sea leído el texto siguiente: “Vamos a morir, y eso nos hace afortunados. La mayoría de la gente nunca va a morir, porque nunca va a vivir. La cantidad de gente que potencialmente podría estar en mi lugar, pero que en realidad jamás verá la luz del día es mucho mayor que el número de granos de arena que hay en el Sahara. Seguramente entre estos fantasmas no nacidos hay poetas más grandes que Keats, científicos más grandes que Newton. Sabemos esto porque el número de posibles personas permitidas por nuestro ADN supera de manera descomunal el número de personas que alguna vez han vivido. Frente a todas estas infinitesimales probabilidades somos tú y yo los que estamos aquí.”

Tu muerte es tu vida. El fin es el principio.

El solsticio de invierno, Q.: H.:, es la unión del fin con el principio, es la celebración de lo viejo que se hace nuevo, es la esperanza del resurgimiento desde la larga y oscura noche, es la promesa de un día más brillante. En este largo y doloroso solsticio en el que llevamos varios años ya, y en el que tantas y tantas personas están sufriendo tantos y tantos males, debemos conservar, mantener y reavivar la llama de la esperanza, porque tan seguro como a la noche sigue el día y al invierno sigue la primavera, yo os convoco a esperar ese cálido renacer y rejuvenecer, cálido como la sonrisa y el abrazo de un niño, que más pronto que tarde nos envolverá con su tierno abrazo, a nosotros y a los que nos seguirán en este cíclico camino, con la Tierra bajo nuestros pies y el cielo sobre nuestras cabezas.

Porque somos muy diversos, muy diferentes, y esa es nuestra fuerza, pero por encima de nuestras diferencias, tu sufrimiento es mi noche y tu alegría es mi día. Por ti, Q.: H.:

He dicho.

H.: Orlando Sánchez

R.: L.: Obreros de Hiram, nº 29

Or.: de Sevilla, 21º día del 12º mes del año 6012 (V.: L.:)